

HACIA LA OTRA ORILLA

Peritits in arte sus credendum est.
—Proverbio vulgar—.

Cuento de Nicolás Suescún

Rosa lloraba todas las mañanas, su corazón casi reventaba al ver al profesor, su padre, llegar hasta la otra orilla de la ancha avenida. Todos los días, ella y su madre le advertían sobre los peligros de cruzar así no más, sin ir hasta la esquina a esperar la luz verde, una de las calles más transitadas de Bogotá, donde los carros se desbocaban aterrándolas a ellas, haciendo que, cuando salían, caminaran pegadas la una detrás de la otra, a las fachadas de las casas.

150 Antes de salir, le hablaban de los accidentes de tráfico sobre los que se informaban en la prensa religiosamente, y de los que oían en casa de sus amigas. Isabel, su mujer, decía que sufriría tanto que ya no se asomaba a la ventana para verlo cruzar. Era lo mismo, decía ella a gritos, que presenciar su muerte, ni más ni menos. Se limitaba a mirar a Rosa, cuando esta seguía con ojos ávidos el tortuoso cruce del profesor —leyendo en voz alta, y a veces gesticulando—, por entre miles de carros, buses gigantescos atestados de gente, y camiones enormes. Escrutaba su cara detenidamente, atenta a cualquier movimiento inesperado de un párpado, al más imperceptible temblor de labios, a las exclamaciones de horror de Rosita.

En eso, como en todo lo demás, no había manera de hacerlo entrar en razón. Sin embargo, ni madre ni hija cejaban en su fútil campaña de terror. A todas horas le daban indicaciones sobre todo lo habido y por haber, le trataban de abrir los ojos a los peligros de la calle y a todos los demás, le recitaban las reglas de la urbanidad y pasajes de la historia sagrada. Pero nada de esto servía de nada, ninguna de sus palabras surtía efecto. Seguía siendo el mismo loco de siempre. Seguía equivocándose de nombre —a doña Eduvigés la llamaba doña Margarita, al doctor Morales doctor Rodríguez, a Asunción Matilde—; todavía se metía toda clase de porquerías en los bolsillos, se sacaba los mocos con los dedos, se ponía una media distinta en

cada pie, o se olvidaba ponérselas del todo, se abotonaba equivocadamente —la camisa, el saco, la bragueta, o la bragueta con el saco y la camisa con la bragueta—, se dejaba crecer demasiado las uñas —no podía cortárselas él, ni le gustaba que se las cortaran—, se olvidaba de ir a almorzar a la casa, dejaba la dentadura en cualquier parte, miraba exclusivamente el cielo o el suelo, insistía en dormir sobre un colchón que tenía desde hacía por lo menos treinta años dizque porque se “adapta mejor a mi fisiología”, se tomaba siempre las píldoras del hígado para los dolores de cabeza, por las tardes confundía su casa con la de los vecinos, leía los periódicos atrasados, y hasta de varios años antes, comentaba, generalmente con alarma, noticias que ya habían sido sepultadas en el más negro de los olvidos, discutía, por ejemplo, las ideas de un presidente ya muerto como si acabara de trasmitir un discurso por la radio, hablaba sin parar de la astronomía, la métrica —porque era aficionado a la poesía regular—, y la matemática moderna, se le olvidaba comer, se levantaba con hambre a las cuatro de la mañana, trataba de acallar el canto de los gallos, se dormía en las visitas, y roncaba a pierna suelta, se rascaba donde no debía, se sonaba con las manos, gastaba la plata en quién sabe qué, se le olvidaba corregir los exámenes de sus estudiantes, y se equivocaba cuando al fin lo hacía, de modo que los mejores salían peor y los peores de primeras. Y sobre todo no dejaba de mentar su bendito observatorio. Vivía furioso con un artículo de periódico de hace veinte décadas, en el que un ignorante gacetillero había tenido la osadía de escribir que encontraba deshonroso que la ciudad se vanagloriara de un observatorio donde faltaba casi todo lo necesario para observar los astros mejor que con el ojo desnudo, algo que lo hacía patear y babear de la furia, puesto que si eso hubiera sido cierto no habría podido descubrir un nuevo planeta, ni las decenas de estrellas que había bautizado —Clitemnestra, Yocasta, Mesalina, Caribdis, etc.—, ni la prueba de que realmente el sol gira en torno a la tierra y no ésta en torno a aquel, como sostiene todo el mundo, entre otras cosas por que la gente generalmente no dispone de un observatorio tan completo, aunque vilipendiado, como aquel donde él trabajara todas las noches, muchos años antes, con la paciencia de un monje, que es a lo que se ha debido meter, en vez de padre de familia —había tenido seis niños todos verdes como él, aunque no ciegos—, porque sus hijos no hicieron sino interrumpir el flujo de sus ideas, que era su vida, y porque nunca pudieron hablarle en Latín, idioma en el que él les habló siempre, lo que tuvo por resultado que nunca entendieran nada de lo que les decía y que ahora piensen, como todo el resto de la humanidad, que Copérnico tenía la razón. Y, además, lo que ya desbordaba el vaso, lo que era el colmo de los colmos: El profesor era ateo. Y ellas tan católicas.

No, no había ninguna manera de hacerlo entender las cosas. Isabel llevaba cuarenta años dándole instrucciones y consejos. Hablaba como un manual de urbanidad, la Imitación de Cristo y un reglamento de tráfico juntos y revueltos. Rosa por su parte, había descuidado su vida para educarlo, había ido perdiendo año tras otro los pocos jóvenes y un viejo o dos —se podían contar, de todos modos, con los dedos de una mano—, que lograron mirarla más de dos minutos seguidos. Ahora, a los veintinueve, casi treinta, se le olvidaba arreglarse por la mañana, no se ponía sino ropa negra, vieja y gastada, que le quedaba demasiado chiquita o demasiado grande, nunca bien; no se depilaba las piernas, ni el espeso bozo, por no decir bigote; había perdido todo interés en el futuro; y todos sus instintos maternales, que no eran pocos, se volcaban ahora en su padre.

De todos sus hijos, sólo ella, la única mujer, quedaba en la casa. Se iba poniendo cada día más verde, mientras se iba agudizando el rojo saludable de las mejillas de Isabel, mientras las mejillas de sus hermanos iban adquiriendo colores a medida que se iban más lejos que podían de la casa, que se casaban con mujeres de provincia de dudosa reputación y malos modales y que se dedicaban a toda clase de oficios y actividades indignas de la familia del profesor, que, a pesar de las apariencias, era de mucha alcurmia. Isabel vivía descubriendo méritos y títulos entre sus antepasados y los de Chucho, como lo llamaba. Se la pasaba encontrando nuevas y frondosas ramas de árboles genealógicos, bastante viejos ya, y frondosos. Y cuando le hablaba de él de eso, nunca dejaba de decirle: "A lo que hemos llegado, Dios mío!", con un suspiro interminable.

Rosa era muy nerviosa y, por añadidura, sonámbula. De noche, se levantaba, se vestía, iba a mirar al profesor, le cantaba canciones de cuna, y se acercaba a la puerta de la calle con intenciones de traspasarla.

Isabel tenía que detenerla y guiarla hacia su cama, donde sin despertar ella misma se quitaba la ropa.

Un día el profesor se llevó el susto más grande de su vida. Esa noche por extraña coincidencia, se hallaba despierto en el momento de la visita de Rosa. Pudo ver cómo, de pronto, se abrió la puerta, y cómo un bulto negro, irreconocible, se acercaba, y se agachaba sobre él, murmurando palabras siniestras. El viejo pegó un grito que despertó a toda la vecindad, salió corriendo a la calle y al cabo de cinco minutos regresó con un policía. Este, al ver a Rosa, perfectamente vestida, con zapatos y todo —y de quien no se podía decir, por su bozo, y por sus hombros planos, si era hombre o mujer—, dedujo que se trataba de un ladrón travestista. Sólo los esfuerzos de Isabel, que

se dirigió al agente enérgicamente, con documentos en las manos y largas explicaciones en los labios, la salvaron de una noche en la cárcel.

Pero Isabel no sólo tuvo que convencer al policía, sino al profesor, que, aterrorizado como estaba y conociendo poco a Rosa, no acababa de comprender, al examinar de cerca sus bigotes, que el individuo ahí presente era su segunda hija, a quién había nombrado Rosa, porque esta era su flor favorita cuando todavía catalogaba las flores, porque había nacido muy roja, como las rosas que vendían en la floristería de al lado, y porque, además, podía declinarla a libertad.

Las dos mujeres, antes de que partiera por la mañana, le hablaban de camisas, de corbatas, de botones. Y cuando ya se había ido, hablaban entre ellas de las gracias que había hecho esa mañana o de las incidencias de su paso por la avenida, lo que fácilmente les podía llevar sus dos o tres horas. Con sus amigas era tema obligado. Se preocupaban por lo que ellas habían dado en llamar a su ausencia, por su elevamiento, por esos profundísimos y secretísimos pensamientos, máximas y reflexiones que iba depositando cuidadosamente, y a diario, en el viejo cofre del segundo piso que abría y cerraba con llave todas las noches, a escondidas, o lo que él pensaba, de sus dos ángeles guardianes. Quienes se habían concentrado tanto en su tarea apostólica que habían llegado al punto de olvidarse de sí mismas. El, en apariencia tan débil, siempre temeroso, tímido, tembloroso, las había eclipsado como el sol a las estrellas. Ambas, las pobres, se refugiaban en él como dos ovejitas en los brazos de su pastor. Y siempre hablaban así de él, con imágenes religiosas.

Porque eran muy devotas, las dos. Pertenecían, entre muchas otras organizaciones religiosas —o cívicas, que es lo mismo—, a una cruzada del Sagrado Corazón de Jesús, que ellas mismas habían fundado, a la Asociación de Madres Católicas, a la Junta de Defensa Civil del barrio, y a la sociedad protectora de Animales. Y eran de la clase que siempre aprovechaban los pequeños sufrimientos de cada día —en su caso incontables—, para fortalecer su paciencia y su caridad. Siempre vestían exclusivamente de negro. Exclamaban todo el tiempo, con Santa Verónica de Julianis: Viva la Cruz desnuda! Viva el dolor!

La casa la tenían atestada de imágenes. Había estatuas de la virgen, pequeñas y grandes, y de San Roque y San José y Sagrados Corazones en todas las piezas. En la sala había un ejemplar de estos últimos particularmente interesante: era inmenso, desproporcionado del todo con el ya considerable tamaño de la pieza; su frente era verdosa, tirando a azul; sus mejillas, de

un rosa maxfactor; sus labios, su nariz y manos, finas; llevaba barba cuidada y aureola luminosa, con lentejuelas doradas; se veía que se cuidaba las uñas; su pelo era particularmente adorable, largos enchumbos de un rubio pálido caían sobre sus dulces hombros; y sus ojos, sus ojos azul celeste miraban siempre hacia lo alto, no se sabía decir si por devoción, nostalgia o aburrimiento con sus dos fieles asediantes.

Y frente a él, sobre una orneada consola, había santos pequeños, medianos y enormes, y un jarrón lleno de flores de papel, a las que le quitaban el polvo todos los días. Y relucía todo el tiempo —más de noche que de día—, una lamparita eléctrica en forma de una esfera transparente que contenía un pequeño, blanco y radiante elefante de plástico con la pata izquierda levantada.

Y desde la pared opuesta, la Mona Lisa, sobre la que había frecuentes polémicas entre ellas —una decía que era la Virgen después del nacimiento, la otra que Santa Ana—, lo miraba con ironía, por encima de un rinoceronte de porcelana, de un par de sillas con los forros raídos, de la mesita de centro y su jarrón siempre vacío, con la escena de caza; y del formidable altar.

152 Después de esa noche, durante varios años, el Sagrado Corazón, observado por la Mona Lisa, siguió mirando hacia las alturas, indiferente a todos los cambios que empezaron ese día.

El profesor se equivocó de casa. Llegó, no a la suya, sino a la de los vecinos que lo conocían bien, lo querían y le llevaban el apunte. Doña Cecilia, la señora de casa, hizo las veces, como siempre hacía cuando se presentaba ese caso, de Isabel. La niña de la casa personificó a Rosa. El padre trató de pasar desapercibido. Los varones se convirtieron en hijos suyos, que habían venido a visitarlo.

Se apresuraron a seguir sus órdenes, que casi no hubo, él no era autoritario. Se rieron de buena gana, detrás de las puertas.

Llegó como siempre, se quitó el saco, se aflojó los nudos de los zapatos, pidió su suéter —le dieron el que siempre tenían en reserva—, y sus chinelas —que no las encontraron—, y, con los ojos cerrados, se acomodó a mirar la televisión.

Pasaba un noticiero, que si él hubiera podido ver y oír no habría entendido para nada. ¿De qué país era ese presidente nuevo (el de Colombia)? ¿qué era esa guerra que tanto mostraban? ¿Dónde quedaba eso? Por qué no hablaban de Hitler?

Se quedó a comer, no comió, y cuando ya iba siendo hora de guiarlo hasta su casa con toda clase de ardides, se desató un aguacero que no daba muestras de amainar. Eran tan torrencial que tuvieron que acordar que el profesor no podía, con su gripa y sus años, volver a su casa. Si salía le podía dar una neumonía. Todo esto, después de ruidosos conciliábulos y conversaciones telefónicas interminables.

Se hicieron preparativos. Le tendieron una cama con muda nueva. Rosa, aperada con botas de caucho; paraguas y gabardina, le llevó la pijama de franjas amarillas y blancas, la más presentable y significativa. Le dijeron hasta mañana, uno por uno, menos el padre, después de entregarle su pijama, y de preguntarle por centésima vez si deseaba algo de beber o de comer. Y desfilaron hacia sus cuartos, dejándolo solo, ante la cena. Cinco minutos después, el profesor, ya en pijama, gritaba por toda la casa, tropezando con todas las cosas: "Isabel, Isabel, qué me hiciste el colchón?".

Todo el mundo se asomó a las puertas. Se reunieron. Hubo discusiones y nuevas llamadas. No había solución. El profesor estaba desesperado. Ya casi lloraba. Y no se le podía traer el colchón con esa lluvia. Ni se podía ir él. Cecilia mandó a todo el mundo a la cena y se hizo cargo. Duró una hora explicándole que esa no era su casa, que el colchón estaba en la otra, en la suya, que no lo podían traer porque se iba a empapar y que tampoco podía irse él, no con esa gripe tan delicada a su edad. Pero no hubo manera. Ninguno de sus argumentos caló. El profesor no podía dormir sin su colchón.

Cecilia tuvo que ceder al fin. Lo hizo vestir y dejó que se fuera en busca del colchón, no sin antes haberle puesto, entre todos —se habían vuelto a levantar—, un par de gruesos zapatos, una gabardina que le daba hasta los pies, una gruesa bufanda de lana, y de haberle calado un sombrero de caucho que tapaba sus grandes orejas.

Sólo que a la media hora se apareció de nuevo, empapado hasta la médula de los huesos —con un zapatón, sin gabardina, con bufanda y sin sombrero—, y seguido por dos santas, que ya dentro de la casa todavía insistían en protegerlo con paraguas y gabardinas y sacos de plástico. No se sabía si los tres estaban llorando, o si era la lluvia. Sus caras estaban ensopada.

Entraron, anegando los tapetes, inundando la casa con agua, con lágrimas, con lamentaciones. Habían empezado a llorar en serio. Se excusaron de mil maneras. La situación había desbor-

dado los límites de lo habitual. Ya era demasiado, la decencia exigía que el profesor, que ya no se podía mojar más, volviera al hogar que había fundado y dejara en paz a la inerme familia. Esta, toda ella, exhausta y ya de mal humor, colaboró como pudo para que el profesor hiciera su retorno sin mengua de su dignidad. Hasta que, al fin, acompañado y amparado por sus mujeres, con el colchón y la pijama a cuestas, reanduvo el camino. Ya en su casa, lo desnudaron y sujetaron a frotaciones con alcohol, a masajes con vicvaporú, a recriminaciones detalladas. El soportó todo con gran calma, pero de pronto, una expresión diferente se apoderó de su cara. Y empezó a hablar. Inició un monólogo en que habló prácticamente de problemas prácticos, les comunicó un proyecto de viaje a la costa, discutió con lógica el problema de su pensión, prometió seguir sus consejos al pie de la letra, confesó que había descuidado las cosas de la casa, juró que iba a ir a misa todos los días, comentó con lucidez la invasión a Checoslovaquia y la política monetaria francesa, llegó a rechazar su colchón, y, para acabar de completarlo todo, preguntó por cada uno de sus hijos, acordándose de los nombres de todos sus nietos y nueras.

Y no daba muestras de cansancio. Seguía hablando. No quería que se acostaran. Pero cuando Rosa empezó a bostezar, le aconsejó que se afeitara y le dijo hasta mañana.

Cuando quedaron solos, se abalanzó sobre Isabel, la besó en las manos, en el cuello, en la boca.

"Sagrado Corazón de Jesús, ampárame!" gritó ella, y se perignó varias veces. Pero al fin cedió. No sabía si se había vuelto loco de remate o si se había vuelto cuerdo de un momento a otro. Se sintió halagada. Dejó que la desabotonara uno por uno los dieciocho botones de su blusa negra. Permitió que le desabrochara la falda, el corpiño, la faja y las ligas. Ella misma se bajó los calzones.

Hicieron lo que no habían hecho en mucho tiempo.

Todos los tres durmieron como troncos. Rosa no se levantó, afortunada o desafortunadamente. Nadie habría ido a detenerla en la puerta.

Por la mañana, Isabel se despertó antes que él. Lo observó. Sonreía y las arrugas se le veían menos. Le pareció que había rejuvenecido. En cambio, cuando se miró al espejo ella, notó que su cara se había agrietado de lo puro seca.

Se presentó a desayunar vestido correctamente, con medias compañeras y el nudo de la corbata bien hecho. Se había afei-

tado sin cortarse las mejillas. Pidió el periódico del día y se puso a leerlo con interés. Rosa hizo un intento de darle, como todos los días, las instrucciones y advertencias de siempre, pero Isabel le indicó, con un dedo en los labios, que se callara. Las dos se echaron miradas de desconcierto. No sabían si debían lamentarse o estar contentas. Parecía que se iban a cumplir sus deseos, pero al mismo tiempo algo las preocupaba: todos sus reproches y consejos, todas sus oraciones se iban a volver superfluas si era cierta la nueva actitud. Qué iban a hacer ahora? Asustadas y confusas de pronto —Isabel con un dejo de tristeza en la cara—, guardaron silencio mientras él leía detenidamente las páginas editoriales.

Cuando terminó de leer, se acercó a la ventana, miró el cielo y pidió su paraguas y su gabardina, precaución que nunca antes había tomado.

"Está empezando a llover".

Se puso la gabardina expertamente. Al salir, abrió el paraguas. Le dió un beso en la mejilla a Rosa, y a Isabel la besó en la boca. Ella se sonrojó y pensó que no le había dicho nada sobre cómo atravesar las calles. Pero no le dijo nada.

No llevaba ningún libro, por primera vez desde que había aprendido a leer.

Las mujeres se habían quedado mirándolo en la puerta. Había dado unos pasos y se había devuelto para besarlas de nuevo. Después caminó por la acera. Llegó hasta el semáforo. Miró hacia arriba, echando el paraguas para atrás. Vió que estaba en rojo. Esperó.

Sólo ellas vieron el enorme carro negro que, avanzando a gran velocidad, se desvió, subió a la calzada y aplastó al profesor contra el poste del semáforo, que quedó doblado, la luz verde.

Murió instantáneamente y lo poco que quedó de su cuerpo lo enterraron al día siguiente.

Una semana después, Isabel y Rosa descubrieron que el cofre donde siempre habían pensado y dicho que atesoraba los manuscritos científicos —que ahora querían editar—, estaba lleno de billetes de lotería caducos. El profesor había pensado en ellas.

Cuento de Nicolás Suescún